

EL CUARTO REY

3º - 6º

Las Tierras Altas

Hacia el amanecer existía en tiempos antiguos un reino, que se hallaba en una alta región montañosa. En él regía desde tiempos inmemoriales la estricta prohibición de que ningún habitante bajara jamás a las tierras más bajas. Se decía que a quien transgrediera la prohibición, los ancestros difuntos lo empujarían a la muerte y la perdición durante el camino. Así vivían estos montañeses desde tiempo inmemorial en aquella apartada altura y no sabían nada de otros pueblos. Cada uno vivía para el otro como amigo y hermano. Cultivaban un cereal escaso y pastoreaban sus rebaños en los prados alpinos. La caza les era desconocida, y desconocidas eran las armas y la defensa. Al amanecer y al atardecer rezaban con los brazos en alto al dios del sol, que envía luz y vida a la tierra. En las grietas de las rocas se encontraba en muchos lugares oro, y brillantes piedras preciosas aparecían claramente a la vista. Los orfebres trabajaban estos tesoros en vasijas nobles. En los días festivos y en el tiempo del solsticio era costumbre comer en fuentes de oro. En su inalterada felicidad, los montañeses apenas pensaban que en las profundidades también vivían personas. Tampoco conducía ningún camino transitable hacia allí. Un lado del país estaba cerrado por inmensos glaciares y montañas nevadas; en el lado opuesto se abrían abismos y paredes rocosas escarpadas. Donde alguien hubiera intentado llegar al fondo del valle siguiendo los ríos, se habría encontrado inesperadamente ante barrancos inaccesibles. En el pueblo circulaba la leyenda de que una poderosa serpiente-dragón mantenía rodeada la región montañosa en oscuras profundidades. Todo osado caería víctima de esta bestia. El rey del país, se decía, era el único que conocía las tierras de la profundidad. En tiempos especiales, extendía su manto sobre la *Roca del Rey* y pronto era llevado hacia abajo por el viento. Luego se reunía con los reyes de las tierras bajas en una mesa redonda común, para deliberar sobre los destinos de los pueblos.

La *Roca del Rey* la conocía cada cual. Desde su saliente, una imponente pared de montaña caía en vertical hacia el abismo. Este lugar lo evitaba el pueblo con santo temor. Sin embargo, últimamente un joven se sentaba a menudo durante horas al borde de la roca y miraba fijamente hacia las profundidades, donde una estrecha franja de río serpenteaba hacia lejanas tierras bajas. *¿Era un osado del pueblo que soñaba aquí con países extranjeros?*

—No, era Talander, el único hijo del rey. A menudo el joven príncipe permanecía en este lugar hasta altas horas de la noche. Reflexivo, dirigía la mirada hacia las estrellas y decía para sí:

—*¡Qué grande y vasta es la Tierra de las estrellas, y nuestra región montañosa es tan estrecha! ¡Oh, si pudiera vagar con ellas!*". Si veía una estrella fugaz cruzar el cielo, quizás deseaba: *"¡Ojalá pasaras ahora sobre la roca y me llevaras al mundo!"*. Pero ninguna escalera celestial descendía, y ningún carro estelar cruzaba sobre la roca.

El viejo rey tenía a su alrededor un grupo de nobles hombres como consejeros. Estos guardaban el secreto de un camino oculto y muy peligroso que conducía a las profundidades. Nadie en el

pueblo sabía de ello. Estos hombres llevaban una vida venerable y fraternal como monjes y sacerdotes del sol. Se mezclaban enseñando y aconsejando entre el pueblo, contaban de luminosos dioses que habitan en las estrellas, y de oscuros demonios que moran en sombrías gargantas. Su naturaleza y ejemplo hacían que entre estos montañeses no se conocieran malas acciones, y de enfermedades se sabía poco. Según una antigua regla, cada siete años bajaban dos de estos monjes a las tierras de la profundidad, sin que nadie aparte de ellos y el rey lo supiera. La antigua tradición decía que alguna vez aparecería una señal, cuando fuera el momento de abrir a todo el pueblo el camino a las profundidades; entonces la serpiente abriría el anillo.

Una vez más se había cumplido un ciclo de siete años. Una tarde se acercaron a la ciudad del rey dos viajeros cansados. Sus ropas desgarradas y los pies maltratados mostraban al conocedor que los dos regresaban por el oculto sendero de montaña de un viaje penoso. Su llegada fue comunicada en el castillo al rey. Inmediatamente hizo llamar a sus allegados, para escuchar juntos el informe de los que regresaban. También el príncipe Talander pudo participar por primera vez en el mensaje, pues hacía poco el rey lo había iniciado en el secreto del camino de la roca.

En la sala del rey, los monjes se sentaron expectantes ante los escalones del trono. Talander, que los honraba como sus maestros, se mantuvo modestamente apartado en una hornacina de la ventana. Saludando, el rey se dirigió a los que regresaban y comenzó:

"Más pronto de lo que esperábamos, habéis regresado. Decid, ¿qué tenéis que anunciar? ¿Es un buen mensaje lo que os ha traído tan apresuradamente de vuelta?". "Oh, Rey", comenzó el mayor de los dos, *"de buena gana te traeríamos mejores noticias que lo que nuestros ojos han visto, nuestros oídos han escuchado. – Después de desafiar todos los peligros, forzamos el descenso por las grietas y llegamos tras varios días de viaje al país del antiguo monte del templo. Los primeros pueblos los encontramos desiertos. Primero creímos que los habitantes habrían emigrado y habrían elegido otro lugar bajo el sol para vivir. Tras tres días alcanzamos el castillo real. Aquí supimos la causa. Los guardianes de la puerta relataron: 'Hace poco, una plaga trajo una mala mortandad sobre el país y se ha llevado a miles en pocos días.'* – Nos informamos por el rey, para entregarle tu regalo, tu saludo. Para nuestra sorpresa, supimos que el rey Baltasar había partido del país poco antes del estallido de la plaga. Se le había aparecido una nueva estrella en el cielo, que lo había llamado al viaje. Tras esta noticia, no quisimos demorarnos más y pensamos continuar inmediatamente hacia el país vecino, para saludar al segundo rey. Nos informamos sobre el camino. Entonces nos contaron que, debido a una gran sequía, una hambruna había azotado aquellas regiones. No era aconsejable dirigirse allí. Así que solo quedaba el tercer y más lejano reino, que debíamos visitar por tu encargo. Viajar allí nos desaconsejaron. Se decía: 'En aquel país asola una guerra fratricida. Nadie está seguro de su vida.' Estos informes nos desanimaron por completo. Desistimos de viajar más, y hemos regresado directamente."

Aquí calló el narrador. Serios miraban los monjes al rey, sobre cuyo rostro se había posado una gran tristeza. Tras un silencioso momento, él miró hacia su hijo. Este permanecía inmóvil en la hornacina de la ventana y miraba a lo lejos, donde el sol poniente proyectaba un resplandor rojizo-dorado sobre las montañas. El padre se dirigió a Talander con las palabras:

"Hijo mío, desde hace siglos esperan los reyes de las Tierras Altas una señal divina desde las profundidades, prometida en tiempos antiguos; pero nunca un mensaje tan sombrío había sido traído a través de las gargantas de la montaña. Bien veo que también yo tendré que partir de esta tierra sin poder abrir el camino al pueblo."

Apenas había terminado estas palabras, Talander saltó y dio unos pasos adelante. Como arrebatado por un fuego interior, habló a los reunidos:

"¡Venerables padres! ¿No habéis considerado que al primer rey lo ha llamado una nueva estrella? ¿No debería ser eso una señal? Si yo estuviera en su lugar, habría seguido esa estrella de inmediato. ¿Acaso los hombres no deben obedecer cuando los dioses llaman? ¡Oh, padre, cuánto temo que esos tres reyes, por culpa de su viaje, sean olvidados entre los hombres!"

Un murmullo de asombro se alzó entre los monjes, mitad duda, mitad aprobación. El rey hizo señas a Talander para que se acercara a su trono. Cuando este hubo subido los escalones, se arrodilló y suplicó:

"Padre, dame un acompañante que me guíe por las gargantas; yo mismo quiero emprender el largo viaje. ¡Padre, no tardes y déjame partir!"

Aún mayor inquietud se apoderó de los monjes. Algunos se levantaron y mostraron señales de desaprobación. El rey les hizo una seña y los despidió con un gesto noble. Se quedó a solas con Talander en la sala. Ahora tendió la mano al hijo arrodillado, lo atrajo a su lado y habló:

"Talander, si no hubiera visto hace pocas noches una imagen enigmática, tendría que reprochar ahora tu juvenil entusiasmo. Escucha, pues, lo que se me mostró en sueños: vi a tres reyes. Siguen a una estrella. Su viaje se dirige hacia el ocaso. – Podría ser que aquella estrella haya aparecido realmente como una nueva señal celestial."

Talander saltó, abrazó a su padre y relató:

"También a mí se me ha aparecido tal estrella, cuando permanecí en la Roca del Rey hace noches. Permíteme contar el suceso exacto: desde hacía muchos días me sentía impulsado por una extraña inquietud. En los jardines del castillo, en las cumbres de las montañas, en ninguna parte encontraba paz. La región montañosa se me había vuelto estrecha. Si me situaba al borde del abismo de la Roca del Rey, me parecía oír voces desde el aire: '¡Arrójate a las profundidades, te llevaremos a una tierra más hermosa!'

Padre, no te enfades conmigo. En mi inquietud intenté un día bajar siguiendo el río, hasta que las gargantas me impidieron todo camino. Vagaba sin descanso. Anoche tampoco encontré sueño. Me levanté del lecho y subí a la Roca del Rey. Largo tiempo permanecí allí arriba a la luz de las estrellas. Entonces se calmó mi corazón agitado y me dormí. Un sueño vino sobre mí: del cielo una estrella se inclinaba hacia mí. De su luz surgió un rostro divino, que me miraba con ojos soleados y decía: 'Talander, tu vida está destinada a la travesía. En las profundidades me encontrarás. ¡Ponte en camino!'

El joven hizo una pausa, tomó la diestra del padre y continuó:

"Jamás podré olvidar la mirada del sol. Quiero recorrer la vasta Tierra para encontrarme con él. ¡Padre, déjame partir!"

Tras estas palabras, se arrodilló de nuevo suplicante a los pies del trono. El viejo rey puso ambas manos sobre sus hombros y habló:

"Querido hijo, nuestras señales coinciden. Conozco su lenguaje y las honro. Ya que el llamado ha llegado a ti, no te retendré aquí más tiempo. Te concedo el viaje. Como cuarto rey lo emprenderás y avanzarás hacia la estrella."

Después de estas palabras, el rey tomó de su cabeza la corona de los antepasados en sus manos y se la colocó al hijo arrodillado. Su manto bordado en oro lo puso sobre los hombros del joven, lo besó en la frente y habló:

"Querido hijo, soy viejo y no sé si volveremos a vernos en la Tierra. Por eso te elevo ahora en este día, según la costumbre de los antepasados, a la dignidad de rey. Sé mi sucesor cuando yo muera. Que la sabiduría de los antepasados te llegue e ilumine con nueva fuerza a nuestro pueblo."

Después de que el rey hubo dado así su bendición paternal, condujo a Talander a la cámara del tesoro. Aquí le regaló oro y piedras preciosas costosas, para que pudiera viajar con la riqueza de un rey. Luego dijo el padre:

"Te doy dos acompañantes experimentados a tu lado. Conocen caminos y pueblos. Consigue en las tierras bajas buenas monturas, para que alcancéis más pronto a los tres reyes que siguen a la estrella".

En el camino hacia las tierras de la profundidad

En la madrugada del día siguiente, tres viajeros abandonaron el castillo real. Estaban provistos de víveres y de la riqueza paterna. Fueron aquellos dos monjes asignados a Talander como acólitos, que recientemente habían regresado del viaje e informado sobre la miseria en las profundidades. En la Roca del Rey descendieron por el secreto sendero de rocas. El monje mayor, que ya había hecho el viaje varias veces, iba delante. El más joven se mantenía detrás de Talander. Este había trepado suficientes veces por las montañas y no conocía el vértigo. Daba cada paso con seguridad. En lugares peligrosos su mano se agarraba con firmeza de hierro a la roca. De vez en cuando el camino conducía sin esfuerzo a través de oscuro bosque de montaña, luego de nuevo a estrechas gargantas. Había que vadear agua espumosa a la altura de las rodillas. En uno de esos lugares, la corriente tenía fuerza arrolladora. Cuando el guía se hallaba en medio del torrente salvaje, resbaló. Un grito breve surcó el aire; ya había sido arrastrado y se precipitaba más abajo con las rugientes aguas hacia una garganta. Con las rodillas temblorosas, los otros alcanzaron la orilla. Su horror no encontraba palabras. Con gran peligro se situaron en un saliente rocoso lateral a la cascada y escudriñaron la profundidad. Vieron de inmediato que aquí no se podía salvar ninguna vida. En silencio miraron fijamente a las aguas bravías; Talander lloró. El monje mayor había sido para él siempre un amigo y maestro paternal. Ante esta desgracia, justo al comienzo del viaje, surgió en él el presentimiento de que aún podrían esperarle muchas pruebas. Bien notó

que el acompañante más joven aguardaba indicaciones para regresar, pero ¿cómo podía él, apremiado por el tiempo, demorarse e ir a buscar otro guía? Después de haber honrado al difunto en ese lugar según la costumbre y usanza del pueblo de la montaña, Talander señaló hacia la profundidad, donde el fondo del valle indicaba un camino más tranquilo. Caminó adelante.

Cuando los compañeros finalmente pisaron el fondo del valle, miraron hacia atrás, hacia la montaña agrietada. En la lejana altura apenas reconocían la empinada pared de la *Roca del Rey*. Parecía imposible que desde allí un pie humano pudiera descender, y sin embargo habían vencido el peligroso sendero. La esperanza se agitó en Talander, podría estarle reservado a abrir al pueblo un camino seguro a través de los peligros de la montaña y construir puentes sobre las aguas bravías. Y así caminó con confianza hacia las tierras desconocidas.

Las tierras de la profundidad

Tras días, los dos viajeros llegaron al país que el rey Baltasar había abandonado hacía poco. Aquí cambiaron oro por caballos, renovaron y aumentaron su vestimenta. Se hicieron indicar la dirección en la que Baltasar había emprendido su viaje, y cabalgaron de inmediato a rápido trote hacia el ocaso. En el país que ahora atravesaban, había, a consecuencia de la plaga, multitudes de lisiados. Estos ya no podían sostener su vida con el trabajo de sus manos. Muchas de estas figuras lamentables yacían al borde del camino y pedían limosna. Aunque Talander tenía mucha prisa, no pasó de largo ante ninguna mano suplicante sin arrojarle algo.

De repente percibió a un paralítico, que yacía exhausto en medio del camino. Talander detuvo su caballo, se bajó de un salto y se inclinó hacia el desdichado. Lo subió a su silla y lo llevó a la aldea más cercana. El mendigo señaló una choza, y Talander lo llevó hasta allí. Encontró a su mujer en medio de un grupo de niños harapientos y hambrientos. Con su compañero les procuró comida y ropa. Al despedirse, el jinete real regaló a los pobres una piedra preciosa, para que su necesidad tuviera fin. Horas habían transcurrido. Una y otra vez se dejaba detener el joven rey en su viaje, donde había que ayudar. Fue regalando poco a poco los bienes paternos. La miseria que encontraba por todas partes en la profundidad le cortaba el corazón. Algo así era desconocido en la región montañosa. Su acompañante le recordaba a menudo:

"Rey, ¿has olvidado que gran prisa tenemos? Pero Talander respondía:

"Deja que suceda como sucede; no depende del día y la hora."

En su corazón pensaba: *"El Rey de las Estrellas seguramente no tomará a mal tal demora."*

Poco a poco, el camino conducía a regiones más solitarias y desiertos. En una posada donde pasaron la noche, supieron con gran alegría del posadero:

"El rey Baltasar pasó por aquí hace pocas semanas. En mi casa descansó brevemente por la noche y siguió cabalgando temprano por la mañana."

A partir de entonces, los dos impulsaron a sus caballos a un galope aún más rápido. Una mañana, después de haber pasado la noche al aire libre, el compañero se quejó de gran cansancio. Con

dificultad montó en su caballo. Pronto una fiebre debilitó sus fuerzas de tal modo que Talander, cabalgando muy cerca de él, tuvo que sostenerlo. Al atardecer alcanzaron una granja solitaria. Aquí encontraron alojamiento. Sin embargo, la gente tímida e inexperta sabía poco de cómo tratar la enfermedad. Al día siguiente el mal había empeorado. El compañero no podía continuar el viaje bajo ningún concepto. Fielmente, Talander cuidó al enfermo. Día tras día pasaba. No se producía mejora. A menudo pedía el acompañante:

"Mi rey, cabalga solo más adelante. El tiempo pasa. Por mí no debes perder camino y meta. Yo esperaré aquí tu regreso. Cuando vuelvas, estaré sano y cabalgaré contigo de regreso a las Tierras Altas."

Talander replicaba: *"Aunque pase el tiempo, la luz de la estrella permanece; no me abandonará, como tampoco yo te abandonaré a ti."*

Pero el mal no abandonaba al enfermo, y antes de que pasara un mes, murió el compañero. Los campesinos de la granja ayudaron a prepararle una tumba. Cuando Talander se despidió de la buena gente, les regaló el caballo del difunto. A partir de entonces cabalgó solo por regiones solitarias y deshabitadas. Pronto llegó a un gran desierto de arena.

La noche en la cueva

Mientras tanto, el año entraba en la época fría. Se acercaba la mitad del invierno. En aquellas regiones tampoco caía nieve en esta época. Una tarde gris, al caer la oscuridad, Talander llegó inesperadamente a una cueva. Estaba situada en la subida de una colina. Se alegró de encontrar protección ante el áspero viento nocturno y se adentró con su caballo en el interior. Se envolvió en el manto y apoyó la cabeza en el cuello del animal echado. Este le era muy apegado. Pronto se durmieron caballo y jinete. Sueños extraños vinieron sobre el durmiente: Cabalgaba por regiones desconocidas, pasando por templos y altos palacios. Luego el camino conducía sobre campos invernales. De repente vio ante sí a tres jinetes reales. Junto a una pequeña choza en el campo, se aparearon. Oyó sus voces mientras pedían entrada ante la baja puerta. La puerta se abrió, y los tres entraron. En el sueño, Talander los siguió. Nadie pareció fijarse en él. Entró en un establo, que estaba construido delante de una cueva rocosa, donde estaba sentada una madre. Sostenía en sus brazos a un niño recién nacido. El resplandor de una estrella la bañaba. Los tres reyes se arrodillaron y veneraron al niño. Por sus palabras Talander entendió que allí había nacido un rey. Talander no sabía qué le ocurría. La visión del Niño llenó su corazón de una alegría celestial. Quedó inmóvil en el umbral de la pequeña puerta. Oyó lo que decían los reyes, vio sus regalos y escuchó el agradecimiento de la madre. Pero no se atrevió a acercarse más. Buscó en ocultos pliegues de su ropa una piedra preciosa, pero su vestido estaba vacío y desgarrado. Se dijo a sí mismo:

"He entrado como un mendigo entre reyes, no debo permanecer más tiempo en su círculo."

Retrocedió sigilosamente por la puerta y salió de nuevo a la oscura noche. Caminó lejos sobre campos helados...

Cuando por la mañana Talander despertó en la cueva de un profundo sueño, reflexionó largo tiempo sobre su travesía onírica. Presintió que no le estaba concedido alcanzar jamás a los tres reyes. Cuando partió para continuar el viaje, ya no empujó a su caballo a galope rápido y cabalgó con las riendas sueltas. Sin embargo, el resplandor de luz que había visto surgir en el pesebre durante la noche le dio la callada certeza de que encontraría al niño rey en otro momento.

Amplios caminos

Después de esta experiencia, a Talander le ocurrió algo muy extraño. Los tiempos en que se veía detenido en su camino se extendían cada vez más. Llegó a tierras donde habían azotado terremotos y ayudó a los que habían perdido sus hogares a reconstruir sus casas. Cabalgó por regiones donde, a causa de grandes lluvias, los ríos se habían desbordado, inundando campos y tierras. No temió adentrarse en las aguas y ayudar en las labores de rescate. Sacó a niños de viviendas en peligro a través de aguas torrenciales hasta un lugar seguro, llevó ganado a punto de ahogarse a tierra firme y ayudó a los campesinos a salvar herramientas y aperos. Luego tocó proveer alojamiento a los desafortunados y traer comida. El joven rey sacrificó voluntariamente parte de sus tesoros.

Así pasó año tras año. Talander había crecido hasta convertirse en un hombre robusto. A donde quisiera que lo llevara el viaje, no temía no alcanzar su destino.

Una vez llegó a regiones donde, debido a una mala cosecha, reinaba una gran hambruna. Los habitantes ya habían consumido sus rebaños de ganado y se alimentaban de corteza de árbol y raíces. Cuando Talander entró en uno de los pueblos, pronto estuvo rodeado. Percibió cómo se lanzaban miradas codiciosas hacia su caballo. Si lo hubiera dejado solo por un breve momento, ciertamente habría sido sacrificado, o más bien, descuartizado, allí mismo. A los necesitados les faltaban bienes para comprar grano en una tierra vecina para pan y semilla. Ahora, Talander llevaba como su última posesión, ocultas y cosidas en el dobladillo de su ropa, dos grandes y extremadamente valiosas piedras preciosas: un rubí y un diamante. Estas dos las había querido guardar para ofrecérselas al Rey de las Estrellas como un regalo digno. Ante estas personas miserables, se dijo:

"¿Debo llevarle piedras a Él y dejar morir a este pueblo? Me parece mejor ocuparme aquí del pan y del ganado." Así que prometió a los hambrientos: *"Cabalgando retrocedo algunos días de viaje, allá he visto mucho grano; de eso quiero proveeros."* Incrédulos, miraron alejarse al forastero mientras cabalgaba.

Después de que Talander hubo alcanzado nuevamente las regiones fértiles donde había estado días atrás, dio allí sus piedras preciosas a un príncipe a cambio de muchos bienes. Compró rebaños de ganado, cereales, carros con tiros de caballos. Con peones contratados llevó las posesiones a la tierra del hambre. Cuando la rica caravana llegó allí, se alzó un gran júbilo. El pueblo agraciado quiso elevarlo a su príncipe. Talander no lo permitió. En cambio, supervisó la distribución de los bienes traídos. Instó a los habitantes a sembrar inmediatamente nueva semilla

en la tierra. Les enseñó a conducir agua desde lejos hasta el suelo seco, como lo había visto en otro lugar durante su viaje. El día en que se despidió de este pueblo, una gran multitud lo acompañó un trecho del camino; solo al caer la noche se separaron de él los últimos. Desde entonces conoció la pobreza, que era sin embargo lo único que le quedaba: su caballo y su propio vestido que llevaba pegado al cuerpo.

En la Tierra de las Guerras

En su camino, Talander llegó a una región donde recientemente había asolado una guerra. Casas y pueblos quemados mostraban huellas terribles. Aún el suelo estaba revuelto por las pezuñas de los caballos; oscuras vetas de sangre cubrían la tierra. No se veía a nadie. Al cabalgar más allá, se encontró con lugares en llamas aún humeantes. Sobre los escombros, figuras errantes intentaban rescatar lo último de sus posesiones. Heridos yacían junto al camino. Gemían de dolor y pedían agua. Talander saltó del caballo y lo ató a un árbol. De su ropa arrancó tiras de tela y vendó las heridas. En un arroyo cercano consiguió agua y socorrió a los sedientos. Al percibirse su acción, los refugiados se atrevieron a asomarse tímidamente de sus escondites y también pusieron manos a la obra. Al ayudar y aliviar la necesidad, olvidaron su propia aflicción. Talander supo por ellos que no lejos aún se combatía; un ejército extranjero de guerra saqueaba la tierra. Al atardecer, llegaron de nuevo refugiados por el camino. Informaron que el enemigo se había retirado. Cerca de allí, los caballeros y guerreros del propio país se habían enfrentado al ejército saqueador. El campo estaba cubierto de muertos y heridos. Talander animó a los que estaban alrededor a ir con él al cercano campo de batalla, para socorrer a los supervivientes. Ya anochecía cuando partió con un grupo. Su caballo llevaba odres de agua; otros traían pan y frutas. Mujeres expertas habían recogido hierbas medicinales para aplicarlas en las heridas, los hombres habían cortado largas maderas que podían unirse para hacer parihuelas. Cayó la noche. De vez en cuando, la luna iluminaba el campo a través de nubes movedizas. Cuando la comitiva llegó al campo de batalla, buscaron entre los caídos a aquellos que aún daban señales de vida y los fortalecieron. En la mampostería de un pueblo quemado se prepararon refugios para los heridos. En esa única noche, Talander contempló sobre tierra empapada en sangre más sufrimiento, necesidad y dolor de los que un corazón humano puede soportar.

Amanecía. De repente apareció un grupo de guerreros extranjeros, algunos a caballo al frente. Era una retaguardia del ejército, que registraba la zona una vez más en busca de botín. Los acompañantes de Talander huyeron apresuradamente a un bosquecillo cercano; pero él se quedó junto a su caballo en campo abierto. Pronto estuvo rodeado. Los guerreros observaron su animal con miradas codiciosas. Susurraron algunas palabras. Le pareció que deliberaban sobre su muerte. El líder lo hizo señas para que se acercara. Este había descubierto, en la ropa rasgada del desconocido, un rastro de hilos de oro bordados y le pareció que brillaba entre las huellas de sangre desteñida, un púrpura rojo. Con brusquedad le preguntó por su origen. Talander respondió:

"Soy un viajero de tierras lejanas. Al pasar cabalgando encontré aquí heridos que necesitaban mi ayuda."

A una señal del líder, algunos guerreros se acercaron a él, lo sometieron y le ataron las manos a la espalda. Lo llevaron al final de la columna, donde varios prisioneros estaban juntos. Uno de los hombres armados montó en su caballo, y el grupo se puso de nuevo en marcha. Talander caminó al paso con los combatientes abatidos. De vez en cuando descansaban junto a una masa de agua, hasta que la columna se unió al ejército principal.

El Cautiverio de Talander

Entraban en los calurosos días de verano. La mayoría de los manantiales se secaron. Los prisioneros recibían poco y a menudo nada de beber. Cuando el ejército llegaba a un lecho fluvial, donde entre charcos se filtraba un escaso hilo de agua, primero bebían los guerreros, luego los caballos. Para los prisioneros quedaba mayormente solo agua fangosa y revuelta. Fiebres malignas los atacaban. Muchos caían en el camino y morían una muerte miserable. Talander también estuvo cerca de morir de sed. En una parada en un lugar pantanoso, se inclinó hacia un charco de agua turbia. Un olor a podredumbre se elevó hacia él. Los sentidos lo abandonaron; cayó al suelo y se sumió en un profundo desmayo que lo llevó al borde de la muerte. Toda miseria y todo dolor se apartaron de él; se sintió ligero, incluso alegre. Era como si su alma fuera llevada hacia arriba. Se le abrieron ojos ocultos, y vislumbró un río tranquilo. Un hombre estaba en él. Sobre su cabeza flotaba una paloma blanca. Desde el cielo se extendía una gran luz sobre el hombre que estaba en el agua. Sus ojos brillaban con todo aquel fulgor que a Talander una vez se le había aparecido en el rostro estelar sobre la Roca del Rey.

Mientras tanto, el ejército se disponía a partir. Inerte yacía el cuerpo de Talander apartado. Cuando la cabeza de la columna se puso en movimiento, uno de los vigilantes lo notó tendido en el suelo pantanoso.

"¿Vivirá aún?", refunfuñó y se acercó al tendido. Con su lanza lo pinchó en el costado. Talander se estremeció y se incorporó bruscamente. Tambaleándose, se incorporó al final de la columna. La sangre corría por él. No le importó. A través de todas las penalidades, lo acompañaba la imagen del hombre con la paloma. A menudo, cuando creía que debía desplomarse, creía oír sobre sí el batir de sus alas, y no se desanimaba.

Tras días, el ejército llegó a su propia tierra con mucho botín. Con otros prisioneros, Talander fue vendido como esclavo. Varios destinos le acontecieron allí; pero no están registrados en ninguna parte. En cambio, se cuenta que en años posteriores sirvió como pastor antes de encontrar a su Rey.

El Buen Pastor

A algunos días de viaje de la ciudad de Jerusalén vivía un señor que poseía muchas tierras y hermosos rebaños. Un día compró a unos mercaderes un esclavo que le gustó, y lo hizo pastor de sus rebaños de ovejas. Ya no era joven ni fuerte, pero el señor pensó que como pastor era justo lo adecuado. Le mostró los campos y colinas donde debía pastorear el rebaño, y asignó al nuevo

siervo también la pequeña cabaña de piedra donde podría encontrar refugio en caso de mal tiempo. Este siervo no era otro que Talander. El señor quedó muy satisfecho con el silencioso pastor, al ver cómo los animales pronto obedecían su llamado. Los cuidaba con bondad, y si alguna vez al anochecer faltaba una oveja del número completo, no descansaba hasta haber recorrido todas las colinas, para liberar a la perdida de las marañas de un espinal. Al pie de una colina pasaba un camino por el campo, acompañado en algunos tramos por un río. Esta agua servía de abrevadero para el rebaño, y así sucedía que el pastor a menudo se quedaba abajo junto al camino, mientras las ovejas bebían en la orilla del río. De los caminantes que pasaban, oía muchas cosas sobre los acontecimientos de la época. Soldados contaban sobre dominio y guerra, peregrinos sobre lugares sagrados. En la soledad, el pastor encontraba amplio ocio para reflexionar sobre lo que le contaban de todo el mundo. Su señor tenía un niño pequeño y vivaz, que a menudo venía con él al campo. Con gusto se dejaba contar por el pastor historias de tierras extranjeras. Una vez, en el camino a casa, el niño jugaba en la orilla del río y cayó al agua. El pastor vio cómo se hundía en las aguas. Con gran prisa corrió hacia allí, se lanzó al río, y logró agarrar al niño por el cabello y salvarlo. Lo llevó a su padre y madre. El señor agradeció al siervo entre lágrimas y dijo:

"Buen pastor, puedes expresar un deseo; todo lo que esté en mi poder te lo concederé. Si quieres, te regalo tu libertad." Respondió el pastor:

"Señor, con gusto estoy aquí y no tengo deseo, pero quizá más adelante pueda hacer una petición."

"Te será concedida en cualquier momento", dijo el señor.

De allí en adelante, el pastor fue tratado en la casa como un invitado. No mucho después, mientras estaba una vez en el campo cerca del camino, llegó un peregrino y se sentó con él en una piedra. Estaba justo de regreso de la ciudad de Jerusalén y contó cómo allí había oído y visto a un hombre divino que revelaba muchas señales:

"Sus obras milagrosas son poderosas. Sana a enfermos imponiendo las manos y devuelve la luz de los ojos a los ciegos. El pan se multiplica ante su palabra, y ha despertado incluso a muertos a una nueva vida. Muchos lo llaman Mesías. Él mismo se llama la 'Luz del Mundo', que brilla en las tinieblas."

Así contó el caminante. Después de descansar, se despidió del pastor con estas palabras:

"Abandona tu rebaño, ve tú también a la ciudad de Jerusalén y fortalece tu alma en este Hombre-Dios."

Cuando el desconocido se hubo ido, surgió en Talander la intuición de que el peregrino quizá le había hablado del Rey de las Estrellas. Alegría y esperanza llenaron su alma. Esa misma tarde rogó a su señor que le permitiera viajar a Jerusalén. Esto le fue concedido con gusto, y al día siguiente Talander se puso en camino.

El Último Camino

Como rey vestido con el pobre ropaje de pastor, Talander caminó hacia Jerusalén. Como otros peregrinos, también él llamó a las puertas en busca de alojamiento y pidió comida en las cabañas. Se le había unido uno que ya había estado varias veces en Jerusalén para escuchar al Mesías. Dijo:

"Ven conmigo, pronto encontraré al Santo en la ciudad, y podrás saludarlo conmigo. En la época de la Pascua, seguro que permanece dentro de los muros de Jerusalén."

Los dos peregrinos llegaron a una de las muchas puertas de la ciudad. En la entrada había una gran multitud. Cansados del largo viaje, se sentaron un rato aparte a la sombra de una palmera y contemplaron la multitud abigarrada. Era la semana de Pascua. En esa época, muchos judíos visitaban la ciudad santa y el templo. Cuando los dos peregrinos atravesaban la puerta de la ciudad, justo pasó un carruaje y separó a los compañeros de camino. En vano Talander buscó a su acompañante entre la multitud. Ya no lo encontró. Toda búsqueda fue inútil. Tuvo que caminar solo por las calles desconocidas. Al adentrarse más en la ciudad, de repente oyó un fuerte griterío de mucha gente. Era un clamor inquietantemente ondulante y resonaba como de una sola boca. Talander se dirigió hacia él. Llegó a una gran plaza. Frente a un palacio de piedra se había congregado una enorme multitud de gente. Justo se alzaba de nuevo el salvaje griterío. Talander creyó entender:

"¡Crucifícalo!" Puños amenazadores se alzaban contra las escaleras del palacio. Allí, en una terraza elevada, estaban algunos guerreros y otras figuras, entre ellas un hombre alto, vestido con un manto púrpura. La ira de la multitud alterada debía estar dirigida hacia él. Como a un criminal, le tenían las manos atadas, y le habían puesto una corona de espinas en la cabeza. A Talander le parecía que de él emanaba un resplandor. Involuntariamente se abrió paso hacia adelante, y de repente reconoció la mirada y los rasgos del atormentado: *¡era su Rey de las Estrellas!* Quedó clavado en el suelo. En el mismo instante, el pueblo alzó de nuevo el grito lleno de odio. Con horror, Talander comprendió que al coronado de espinas le gritaban muerte y perdición. Sin hacer caso al pueblo furioso, se abrió paso aún más y gritó con todas sus fuerzas a la multitud:

"¡Este es el verdadero Rey del Cielo y amigo de los hombres, dejadlo vivir!"

Se alzaron puños contra el que gritaba. Fue derribado sobre el empedrado de piedra. Bajo groseras patadas, Talander perdió el conocimiento y quedó tendido; la multitud pasó por encima de él.

Era de noche cuando Talander despertó de su aturdimiento, al sentir que un perro lo olisqueaba. Una oscuridad bochornosa cubría la ciudad. Se encontró tendido al borde de la amplia plaza, en el lodo y el polvo. Su ropa estaba rasgada y su cuerpo marcado con heridas sangrantes y contusiones. No prestó atención a sus dolores. El primer pensamiento fue para el rey condenado a muerte.

"¿Dónde está? ¿Adónde te han llevado?", susurró para sí.

Con dificultad se incorporó y se arrastró por la ciudad. Oscurecía. Aún había vida en las calles. Guerreros pasaban apresurados. Talander se arrastró ante grupos de judíos que hablaban con vehemencia. Como en un sueño, vagaba sin rumbo. No conocía ni el camino ni el destino. Pasó bajo un arco hasta salir de la ciudad. El camino ascendía un poco hacia una colina. Una vez se detuvo y alzó la mirada cansada. Entonces divisó ante sí, arriba en la colina, tres cruces. Desde la del medio, un solitario y radiante se le enfrentaba. Su fulgor era aquí tan grande que la cruz le parecía grabada como una señal oscura. Con las últimas fuerzas se arrastró hacia su cercanía. Los pies le fallaban. Ante la madera del coronado de espinas, cayó de rodillas a tierra. Entonces le pareció oír sobre sí las suaves palabras:

"Ahora tú también has venido, hermano. Mis caminos son tus caminos."

Una felicidad insospechada llenó el corazón del moribundo Talander. Y cuando vio cómo un rastro de sangre se marcaba desde la madera del patíbulo hacia la tierra, sonrió, porque pensó en cómo había querido traer el rojo rubí, para obsequiar al rey buscado con una piedra preciosa. - Después, su alma real partió del cuerpo que lo había llevado a través del dolor de la Tierra.

Y fue el primero de aquéllos que resucitaron en Cristo.

Cuarenta días después, en Pentecostés, descendió de Cristo el fuego celestial del Espíritu Santo sobre la multitud de discípulos e inflamó en sus corazones fuerza y valor para salir al mundo y anunciar a los gentiles la nueva noticia. Uno de los discípulos, el apóstol Tomás, emprendió largos viajes hacia oriente. En su peregrinaje, también se le indicó el camino hacia un reino remoto en las montañas, que antes era un reino. Muchos de los habitantes de las tierras altas aceptaron de buena gana la nueva noticia. E inmediatamente construyeron puentes sobre las gargantas, bajaron al valle y saludaron a los pueblos de las profundidades como a sus hermanos.